

Hugh Trevor-Roper

La crisis del siglo XVII

Religión, Reforma y cambio social

Traducido por Lilia Mosconi

Primera edición, 2009

© 1967 by Liberty Fund, Inc.
All rights reserved.
www.libertyfund.org

© Katz Editores
Charlone 216
C1427BXF-Buenos Aires
Fernán González, 59 Bajo A
28009 Madrid
www.katzeditores.com

Título de la edición original:
*The crisis of the seventeenth century.
Religion, the Reformation & social change*

La edición de esta obra ha sido posible
gracias a los esfuerzos conjuntos
de Liberty Fund, Inc. y de Katz Editores.

ISBN Argentina: 978-987-1566-00-6
ISBN España: 978-84-96859-55-5

I. Historia Moderna. I. Mosconi, Lilia, trad. II. Título
CDD 909

El contenido intelectual de esta obra se encuentra
protegido por diversas leyes y tratados internacionales
que prohíben la reproducción íntegra o extractada,
realizada por cualquier procedimiento, que no cuente
con la autorización expresa del editor.

Diseño de colección: tholön kunst

Impreso en la Argentina por Nuevo Offset
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

7	Prefacio
15	I. Religión, Reforma y cambio social
59	II. La crisis general del siglo xvii
101	III. La caza de brujas en Europa durante los siglos xvi y xvii
201	IV. Los orígenes religiosos de la Ilustración
241	V. Tres extranjeros: los filósofos de la revolución puritana
297	VI. Los sermones de ayuno del Parlamento Largo
345	VII. Oliverio Cromwell y sus parlamentos
391	VIII. Escocia y la revolución puritana
443	IX. La unión de Gran Bretaña en el siglo xvii
465	Índice de ilustraciones
467	Índice analítico

Prefacio

Estos ensayos fueron escritos y publicados por primera vez en diferentes ocasiones entre 1956 y 1967. En su mayoría se originaron en conferencias o formaron parte de volúmenes colectivos. Aparecieron en conjunto por primera vez en un libro que lleva el título del primer ensayo, “Religión, Reforma y cambio social”, editado por Macmillan en Londres, en 1967. Harper and Row publicó una edición estadounidense en 1968, con el título actual *—La crisis del siglo xvii—*, que obtuvo una modesta repercusión. La segunda edición, publicada en Londres en 1972, se reimprimió en 1973 y 1977, y se ha traducido, en su totalidad o en parte, al alemán, al francés, al italiano, al español, al portugués y al japonés. Algunos de los ensayos también aparecieron en polaco, sueco, noruego, danés e islandés: es evidente que el tema de la brujería despierta un interés particular entre los tolerantes pueblos nórdicos. Una tercera edición revisada del texto original fue publicada por Secker and Warburg en Londres, en 1984. Naturalmente, me complace mucho que el Liberty Fund haya decidido publicar en los Estados Unidos una nueva edición de este texto revisado.

Quienes publican colecciones de ensayos suelen afirmar que, por muy disímiles que éstos sean en cuanto a la cuestión que abordan o la apariencia que presentan, constituyen la expresión coherente de una sola filosofía o de un tema reiterado. El tema que atraviesa los presentes ensayos —si se me permite hacer la misma aserción— es la crisis general que aquejó al período “moderno temprano” de la historia, una crisis que no fue sólo política y económica, sino también social e intelectual, y que no se limitó a un solo país sino que se hizo sentir en toda Europa.

Muchos historiadores idóneos se dedicaron al estudio de la revolución puritana de Inglaterra, y algunos le adjudicaron una importancia excepcional para la historia moderna, como si hubiera dado inicio a las revoluciones científica e industrial. Me atrevo a pensar que se trata de una

visión demasiado insular, que no resiste el estudio de procesos comparables que se desarrollaron en Europa. En consecuencia, al considerar los problemas suscitados por la revolución puritana, los he analizado en un contexto europeo siempre que fuera posible, y es por ello que he reunido aquí ensayos sobre temas tanto europeos como ingleses (o británicos, para ser más exactos).

El primer ensayo, que inspiró el título a la edición inglesa del libro, se originó en un examen de la llamada “tesis de Tawney y Weber”, según la cual el calvinismo, en cierto modo, dio origen a la fuerza moral e intelectual del “nuevo” capitalismo de los siglos *xvi* y *xvii*. Dicha tesis ha devenido un dogma sociológico en algunos lugares, a la vez que encuentra oposición en otros por motivos (a mi parecer) irrelevantes. Se la ha invocado para respaldar la teoría de que el puritanismo inglés fue una ideología ávidamente “capitalista”, y también la teoría de que el capitalismo debió esperar la llegada de la inspiración calvinista, o al menos puritana, para estar en condiciones de “conquistar el mundo”. En mi opinión, si se considera la experiencia inglesa en su contexto histórico más amplio, esta perspectiva adolece de excesiva simpleza. Si los historiadores “sociológicos” prodigarán una mirada general al calvinismo –tal como se desarrolló en Suiza, Heidelberg y Escocia, además de Inglaterra y Holanda– y examinarán el “capitalismo” en general –en la Italia y la Flandes medievales y la Augsburgo y la Lieja renacentistas, además de la Inglaterra y la Holanda del siglo *xvii*–, creo que se verían obligados a modificar esta fórmula apasionante pero simple que Weber basó en ejemplos históricos excesivamente restringidos. Expuse mi propia modificación en una conferencia que tuvo lugar en Galway, en 1961, donde un público rebotante de monjes y monjas del lugar le prodigó una recepción algo adversa, aunque, según creí percibir, no demasiado crítica; sin embargo, poco después me complací en descubrir que el académico suizo M. Herbert Lüthy había llegado a conclusiones muy similares a las mías, que publicó por entonces en su volumen *Le passé présent*.¹ Tanto él como yo desconocíamos el trabajo del otro antes de nuestras respectivas publicaciones. A raíz de su origen local, mi ensayo se publicó por primera vez en las actas del Congreso Irlandés de Historiadores donde se había presentado.²

El segundo ensayo, sobre la crisis general del siglo *xvii*, apareció por primera vez en la revista de historia *Past and Present*, en noviembre de 1959.

1 H. Lüthy, *Le passé présent*, Mónaco, 1965.

2 *Historical studies iv*. Monografías leídas en el Quinto Congreso Irlandés de Historiadores, ed. de G. A. Hayes-McCoy, 1963.

También suscitó controversias, y se reimprimió, junto con algunas de las respuestas, en una antología de los siglos xvi y xvii publicada por primera vez en esa revista.³ Al reproducirlo en el presente volumen –por su relevancia temática directa– he aprovechado la oportunidad para incorporar algunos argumentos que había desarrollado previamente por separado, como ampliación del ensayo, en el debate que éste provocó.

Uno de los participantes en el debate fue el distinguido historiador inglés Roland Mousnier. En el transcurso de su contribución puso de relieve la idea de que la crisis general del siglo xvii superó a la crisis que jaqueó la relación entre el Estado y la sociedad, tema del que me había ocupado yo. La crisis social vino acompañada de una “mutación intelectual”, señaló este historiador, y se refirió al final del aristotelismo y la expansión de la creencia en la brujería como “aspectos que necesitarían ser estudiados en profundidad si realmente nos proponemos hablar de la crisis del siglo xvii”. He ahí la justificación que me gustaría aducir para el extenso ensayo sobre la caza de brujas, escrito especialmente para esta colección. Algunos autores creen que la persecución de brujas es un tema desagradable, indigno de ocupar un lugar en la historia. Pero también es un hecho histórico, de gran significación para Europa, y el hecho de que su crecimiento y su organización sistemática hayan tenido lugar precisamente en los años del Renacimiento y la Reforma es un tema que debe enfrentar quienquiera sienta el impulso de poner demasiado énfasis en la “modernidad” de aquel período. No podemos pasarlo por alto en nuestro intento de comprender el período “moderno temprano”, del mismo modo en que no podemos pasar por alto el fenómeno del antisemitismo en la historia “contemporánea”. Al igual que la aversión por los judíos (y otras minorías), la creencia en la brujería tiene una larga historia, pero la “manía de las brujas” –la reconversión de tales creencias y aversiones en una ideología persecutoria– se desarrolló en momentos específicos, y es preciso relacionarla con las circunstancias de esos tiempos.

En Inglaterra, la caza de brujas alcanzó máxima intensidad en tiempos de presión puritana –el reinado de Isabel I y el período de las guerras civiles–, y se han construido algunas teorías extravagantes a cuento de esta coincidencia. Pero aquí también debemos examinar el problema en su totalidad antes de aventurar conclusiones generales, en especial porque la persecución de brujas en Inglaterra puede considerarse trivial si se la compara con la experiencia del continente y de Escocia. En consecuencia, en mi ensayo he analizado la manía en su totalidad, tal como se desarrolló en

3 Trevor Aston (ed.), *Crisis in Europe, 1560-1660. Essays from “Past and Present”*, 1965.

toda Europa, y he procurado relacionar su incremento, frecuencia y declinación con los movimientos intelectuales y sociales generales que tuvieron lugar en la época, de los cuales la considero inseparable. A través de su yuxtaposición de frases, M. Mousnier pareció dar a entender —no sé si fue su intención hacerlo— que el incremento de la brujería coincidió con el ocaso del aristotelismo. Tal como será posible constatar aquí, mi visión del tema es completamente distinta. En mi opinión, la acentuación de la caza de brujas es un subproducto, en circunstancias sociales específicas, de una radicalización del aristotelismo (o bien, para ser más exactos, el seudoaristotelismo de los escolásticos), que había comenzado en el medioevo tardío y fue redoblado por los católicos y los protestantes luego de la Reforma. Lo veo como el reverso de una cosmología, una racionalización social, que se insertó profundamente en la revolución social e intelectual generalizada de mediados del siglo xvii.

La caza de brujas es un fenómeno inquietante, y nadie puede arrogarse el mérito de haber resuelto el problema. Mi ensayo sobre el tema, al igual que el ensayo sobre la crisis general, dio lugar a un animado debate y fue seguido de otros intentos de lidiar con la misma cuestión. Una obra en particular ha despertado mi mayor interés: Christina Larner desarrolló un análisis minucioso y específico del tema de los juicios por brujería en Escocia, hasta entonces investigado sólo de manera muy superficial. Su libro *Enemies of God: The witch-craze in Scotland* (1982) constituye un fascinante y estimulante estudio sociológico. La temprana muerte de esta autora, en 1983, fue un duro golpe para el mundo académico, un triste acontecimiento que Escocia difícilmente pueda subsanar.

Si no es lícito aislar la revolución inglesa que estalló en el siglo xvii de la crisis general que asoló a toda Europa, creo que, del mismo modo, corresponde señalar que recibió influencias de pensadores europeos individuales. Tanto entonces como ahora, al igual que en el medioevo, Europa era indivisible. Quienquiera caiga en la tentación de equiparar el puritanismo inglés a “los modernos” haría bien en explorar la Internacional ideológica de la cual los puritanos se sentían parte: esa fraternidad cosmopolita de protestantes europeos perseguidos —de Alemania y Bohemia, de La Rochela y Saboya—, a quienes habían traicionado los Estuardo, a quienes Gustavo Adolfo había intentado salvar y a quienes Cromwell buscó reunir bajo su protección. En mi ensayo “Tres extranjeros”, considerablemente ampliado desde su primera publicación en *Encounter*, en 1961, me he ocupado de tres hombres que por su experiencia y sus ideas pertenecían a esa Internacional europea, y que —mediante la unión de anticuadas nociones metafísicas con ideas baconianas muy difundidas— pasaron a ser los filósofos de la

revolución puritana inglesa en su combinación de reacción intelectual y novedosa utopía social.

Quienes ven a los calvinistas (o a los puritanos) como “los modernos” terminan por aseverar que el calvinismo o el puritanismo engendraron la ciencia moderna y condujeron a la Ilustración del siglo XVIII. Las ideas de la Ilustración—parecen decir a veces estos autores—se originaron en la secularización de las ideas del calvinismo o “protestantismo radical”. Tal perspectiva es común entre los historiadores marxistas, pero también son partidarios de ella algunos escritores escoceses que la ven hecha realidad en su propio país. Sin embargo, creo que la relación entre los movimientos intelectuales y los sistemas religiosos es más compleja y más variable. Los movimientos intelectuales distan de ser lineales o propiedad de algún partido o secta, y los partidos y las sectas, en sí mismos, bajo su aparente forma continua, son competitivos y sensibles al cambio. En mi ensayo sobre “Los orígenes religiosos de la Ilustración” expreso una perspectiva diferente. Dado que creo que el calvinismo constituyó una forma de la reacción intelectual general que acompañó a las luchas religiosas, he tratado de observar más de cerca a las sociedades calvinistas que indudablemente contribuyeron a la Ilustración, y he señalado que, también en este caso, los avances no se lograron gracias al calvinismo sino a expensas de él. El presente ensayo fue escrito con el objeto de homenajear al gran estudioso y mecenas de la erudición, el Dr. Theodore Besterman, a quien tanto deben los amantes del siglo XVIII. Sin embargo, su relación natural con los otros ensayos que integran este volumen me persuadió finalmente de publicarlo aquí, e incluir otro más centrado en el siglo XVIII en el volumen que los amigos del Dr. Besterman compusieron para él.

Los restantes ensayos que integran este volumen nos llevan de regreso a Gran Bretaña. Todos ellos integraron volúmenes tributarios en homenaje a historiadores de quienes he aprendido a disfrutar el estudio de la historia. El ensayo sobre “Los sermones de ayuno del Parlamento Largo”, que inicialmente se publicó en honor de mi profesor de Oxford, sir Keith Feiling,⁴ describe un método mediante el cual los líderes del Parlamento Largo mantenían su cohesión interna y definían de vez en cuando su línea partidaria. El ensayo sobre “Oliverio Cromwell y sus parlamentos”, que en un principio fue presentado al gran anatomista (o vivisector, para ser más exactos) de los parlamentos ingleses del siglo XVIII, sir Lewis Namier,⁵

4 H. R. Trevor-Roper (ed.), *Essays in British History, presented to Sir Keith Feiling*, 1964.

5 Richard Pares y A. J. P. Taylor (eds.), *Essays presented to Sir Lewis Namier*, 1956.